

la cual había querido huir del ridículo que había echado sobre su vanidad la aparición de sus desdichados padres en el bosque de Bolonia: pero Mateo no la vió siquiera, y continuó corriendo hacia las barreras por donde desapareció.

.....

Silvestre, asustado de lo que pasaba allí, avisó á los dos médicos, y uno de ellos fué á buscar un comisario de policía.

Desideria fué encontrada escondida en la cueva que servía para guardar los vinos.

Á sus pies y hechos menudos pedazos, estaba el testamento del duque; aquella infernal mujer había dejado cebarse á los demás criados en las alhajas y el dinero que había en la casa, y había convenido con el mayordomo, en que después de quitar de en medio á Mateo, que era un estorbo para sus planes, se apoderarían de una enorme suma guardada en una caja de hierro, y además podrían ser los herederos forzosos del anciano duque por sus largos servicios, por un testamento que aquel hizo en su favor antes de encontrar á Mateo, y que luego destruyó por otro hecho á favor del joven.

Ya en poder de la justicia, no supo negar nada. descubrió el paradero de su cómplice, y la ley les dió el castigo á que tan acreedores se habían hecho.

XIII

Un año después, había grande animación en casa del señor cura.

Su sobrino Antonio se casaba con Plácida la pobre huerfanita, pues la señora Pepa, al ver el desamparo de aquella criatura angelical, había dejado sus proyectos ambiciosos, respecto al enlace de su hijo con la opulenta Petra.

Jamás se había visto una desposada de diez y siete años más graciosa que Plácida.

Delgada como un junco, su estatura no pasaba de mediana; rubia, sonrosada, dulce como una malva, suave como un lirio, ligera como una hada, parecía del todo imposible que su cuello blanco y frágil sostuviese el peso de las soberbias trenzas de sus cabellos.

Antonio no era menos hermoso; tenía veintiun años; su cara morena estaba como iluminada por dos ojos negros y rasgados; su cabello negro y lustroso hacía resaltar su boca encarnada con dienteitos muy pequeños.

Antonio llevaba á su mujer toda la cabeza, y sin embargo, aquella niña que aun parecía dormir con los sueños de la infancia, le hacía temblar con una mirada, y volverse loco de alegría con una sonrisa.

Acababan de volver de la iglesia y era cerca

de la hora del almuerzo, al cual estaban convidadas muy pocas personas; á la sazón se hallaban en la salita del señor cura, éste, los novios y la sacristana, en tanto que la señora Pepa, secundada por la tía Minuta, preparaba unos pastelillos para postres.

—Pero niña, ¿no te veré yo alegre hoy?—preguntó el señor cura á la novia, entre enojado y cariñoso.

—¡Ay, tío, si no puedo!—respondió Plácida enjugando una lágrima.—¡Ustedes me han hecho hoy quitarme el luto, pero lo llevo en mi corazón!

—Vaya, hija mía, basta de llorar; eran unos santos, y están ya con el Señor; ¿no están mejor que aquí? Ya sabes lo que nos ha escrito ese buen anciano, que era ayuda de cámara del duque; tus padres han muerto mártires. ¡Ah!—continuó el vicario.—Aunque esperaba que sufriesen mucho, cuando tu madre se empeñó en hacer ese viaje, jamás pensé que les costara la vida.

—Usted lo hizo con buena intención, tío—dijo Antonio;—pero vamos, Plácida, el tío tiene razón; á ver si te alegras un poco.

—¡Qué quieres, Antonio!—dijo la joven.—¡En un día como hoy verme tan solal! Además de mis padres muertos, pienso en mi infeliz hermano, que Dios sabe dónde estará... ¡Luego ese loco que hace dos días ha aparecido en el lugar!

—Dicen—añadió la sacristana—que la noche pasada estuvo toda la noche en el olivar gritando:—¡Agua, agua!

—¿Por qué no le daban de beber?—dijo el cura.—El calor es extremado y quizá tendría sed!...

—¡Ca, señor! Si le fué á dar agua la Minuta que salió de su casa y echó á correr, diciendo:—Que Dios le ha condenado á morir de sed, porque de sed dejó morir á su padre y á su madre.

—¡Desgraciado!—murmuró el cura.

—¡Ufl! ¡Y da miedo!—prosiguió la buena mujer.—¡Tiene una barba y unos ojos que echan llamas!

En aquel momento se oyó debajo de las ventanas del señor cura, una voz ronca y lastimera que gritaba:

—¡Agua, agua!

—Ahí está ese infeliz—dijo Plácida acercándose á la ventana.

Pero casi al instante retrocedió asustada.

—¡Dios mío!—exclamó.—Está ahí, tendido al sol con este calor que hace; bajemos, Antonio.

Los dos jóvenes bajaron, y los siguieron todos los presentes.

Junto á la puerta, y en medio de un gran espacio bañado de sol, yacía el loco, como le llamaba Plácida.

El día antes había entrado corriendo en la

aldea, y había pasado la noche gimiendo en los campos.

Parecía casi exánime; su faz lívida, su larga barba negra, su espantosa demacración, le daban un aspecto lastimoso.

No tenía más vestido que un pantalón hecho pedazos y una camisa aun en peor estado.

Cuando el cura y las personas que le acompañaban le rodearon, abrió los ojos en que brillaban unidas la fiebre y la estupidez.

—¡Agua, agua!—murmuró.

Plácida fué á buscar agua, pero en el mismo instante se incorporó el loco, gritando:

—¡Yo soy el hijo de Calabaza... soy Mateo...! ¡He muerto á mi padre, que bebió un veneno, por no quererle yo dar agua... y debo morir de sed...!

Luego se agitó en una espantosa convulsión, y gritó de nuevo, como si viese alguna aparición espantosa:

—¡Mi madre... la pisa un caballo... el de mi coche! ¡Mi padre... muerto! ¡Y yo vivo...! ¡Ah!

Y el loco dejó caer su cabeza, que chocó con violencia en una piedra, quedando al instante sin movimiento.

—El golpe ha sido en la sien—dijo el vicario.—¡Ha muerto! ¡Justos juicios de Dios!

—¡Oh, tío! Será...—balbuceó Antonio.

—Es Mateo... el hijo sin corazón—dijo el an-

ciano.—¡Sí, hijo mío! Es él, que ha venido á morir al sitio donde nació.

Al acabar de pronunciar el vicario estas palabras, bajaba Plácida con un vaso de agua.

—Ya no es necesario, hija mía—dijo la sacristana cerrándole el paso;—ha muerto.

—¿Ha muerto?—repitió la joven con tristeza.

—Sí; ven acá; no es necesario que veas ese triste espectáculo.

.....

Al día siguiente, Plácida se levantó temprano, según costumbre, y fué al cementerio á rogar por las almas de sus padres.

Aun duraba su oración, cuando vió á dos hombres que traían un cadáver á enterrar; el señor cura les seguía revestido, y alumbraban todos los ancianos de la aldea.

Plácida se apartó para dejar pasar el fúnebre convoy; acompañó con sus rezos las preces de la Iglesia, y luego arrodillándose sobre la sepultura recién cerrada, rezó de nuevo.

Cuando se volvió vió á su tío que oraba á su lado.

—Reza, hija mía—dijo el anciano:—el que yace ahí, es tu hermano.

Plácida dió un grito.

Inclinó la cabeza, y continuó orando entre sollozos, hasta que su tío y su esposo, la arrancaron de aquel fúnebre lugar.

Luego fueron todos á la casita que habían habitado Bárbara y Calabaza con sus hijos y penetraron en el jardín.

El alelí de la tapia había sido arrancado por el viento; había caído en el seno del otro que crecía en el suelo y le había robado la savia y la vida.

—¡Razón tenía tu madre!—murmuró el cura, señalando á Plácida la pobre planta marchita: — ¡he ahí la imagen de tu padre y de tu hermano!

UN DRAMA DE FAMILIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO